

Así, como es costumbre de la Providencia, la sangre de Hipatia fué vengada en parte aquella noche por hombres y proyectos que nada tenían que ver con ella.

En parte solamente; pues Pedro y sus cómplices habían buscado refugio en el Cesáreo, abrazándose al altar. Asustados ante la tempestad desatada por ellos mismos, y temiendo las consecuencias de un ataque al palacio, dejaron que la multitud se desbordase á su arbitrio, y se librara de las espadas de los godos por estarles reservando un castigo mas terrible.... La impunidad.

CAPITULO XXX Y ULTIMO.

CADA CUAL A SU PUESTO.

ERA casi media noche. Rafael había estado aguardando inútilmente unas tres horas en el aposento interior de Miriam la vuelta de la hechicera. Recobrar, si era posible, la riqueza de sus antepasados; trasladarla, sin un día de próroga, á Cirene; y ver de persuadir á la

pobre vieja judía á que le acompañase, y una vez allí, amansarla, guiarla, hasta convertirla, si fuese dable.... tal era su idea. De todos modos, con su riqueza ó sin ella, estaba resuelto á huir sin demora de aquella maldita ciudad; y contaba impaciente las lentas horas y los minutos que le detenían en una atmósfera humeante de inocente sangre y negra con la maldición de un Dios vengador. Mas de una vez, siéndole imposible soportar esta idea, se levantó para marcharse, dejando atrás su riqueza; pero desistía al pensar en su vida pasada. ¡El había añadido sus pecados al cúmulo de maldad que encerraba Alejandria, y había guiado á otros en la senda del delito! ¡Gran Dios! ¡Ademas de delinquir por sí, se había complacido en que delinquieren tambien otras personas! Y ahora estaba recogiendo el fruto de su anterior conducta; pues inducido meramente de su amor al poder, y de su desprecio misantrópico, se había entretenido en hacer á Orestes mas perverso de lo que era por su baja índole. El le había inclinado á pedir la mano de Hipatia.... ¡El había dirigido, ora por via de juego, ora movido de la

envidia que le causaba el talento de la filósofa, aquella vil trama contra el único ser humano á quien amaba... y que habia destruido! ¡Porque él, y no Pedro, era el asesino de Hipatia!... Es verdad que no habia atentado contra su vida; pero el destino que le preparaba, ¿no era peor que la muerte? Es verdad que no habia previsto las consecuencias; pero era porque no habia querido preverlas. Rafael, en su aspiracion á ser dios, se habia propuesto solo matar y dar la vida á su arbitrio; y este mismo acto le habia convertido en diablo. ¿Quién podría... ni se atrevería, aun pudiendo, á descorrer el sagrado velo que cubria aquellas amargas agonías de interior vergüenza y remordimiento, mas intensas por lo mismo que no le quedaba la menor duda de haber sido perdonado? ¿Qué temor de castigo, qué desesperacion hubieran causado en aquella alma tan viva impresion como la idea de que el Dios á quien habia inferido tales agravios, le devolvía bien por mal, y le recompensaba, no segun sus iniquidades? Este descubrimiento, de acuerdo con lo que Ezequiel habia advertido á sus antepasados, llenó la copa de su

abhorrecimiento de sí propio... ¡Haber encontrado al fin que el Dios tan odiado y temido era todo amor!... ¡Poseer á Victoria, semejanza viva y humana, aunque imperfecta, de aquel Dios, y poseer en ella casa, deber, objeto... una vida nueva de justo trabajo, quizá de victoria final!... Tal era su castigo, tal la marca de Cain que llevaba en la frente.

Pero, á lo menos, le restaba que hacer una cosa, y era reparar el mal donde él mismo lo habia causado; no como propiciacion, ni aun como sustitucion... sino simplemente como confesion de la verdad que habia descubierto.

Por último, oyó los lentos pasos de Miriam en la sala exterior, y su voz ordenando á los esclavos que saliesen; luego la oyó cerrar la puerta de fuera, despues de lo cual entró y dijo con calma:

— ¡Bien venido! Te he esperado, y tu venida no sorprende á la vieja Miriam. El teraf me dijo anoche que llegarías hoy...

Sea que viese la sonrisa incrédula de Rafael, ó que le remordiese de improviso la conciencia, exclamó al instante:

—¡No! ¡No te aguardaba! ¡Es mentira! ¡Soy una miserable, incapaz de decir verdad, aunque quiera! ¡Mirame con ojos bondadosos; que vea yo tu sonrisa, Rafaell... ¡Por fin has vuelto á los brazos de tu pobre y anciana madre! ¡Ah! ¡sonriete, hijo mio! ¡hijo mio!

Diciendo así, le estrechó contra su seno.

—¿Tu hijo?

—¡Sí, mi hijo! Seguro al cabo... Mio, sí. ¡Puedo probarlo ahora! ¡El hijo de mi vientre, aunque no de mis votos! Y se reía históricamente. ¡Mi hijo, mi heredero, para quien he trabajado y atesorado durante treinta y tres años! ¡Pronto! Aquí están mis llaves. En este gabinete tengo todos mis papeles... cuanto poseo es tuyo. Tus joyas están seguras, enterradas con las mias. La negra casada con Eudemon sabe dónde. La hice jurar por su idolillo de madera que guardaría secreto, y aunque cristiana, se ha portado con honradez. Dale con que viva en la abundancia. Ocultó á tu anciana madre, y sin ella no te vería hoy á mi lado. Pero no des nada á su marido, pues es malo y la maltrata... ¡Pronto! ¡toma tus riquezas y vetel!...

No; espera un momento... breve, muy breve... lo bastante para que la pobre vieja pueda alegrar su corazón con la vista de su amado hijo otra vez antes de morir!

—¿Antes de morir?... ¡Tu hijo? ¡Dios de mis padres! ¡qué significa todo esto, Miriam? ¡Esta mañana era hijo de Ezra, mercader de Antioquía!

—Hijo y heredero, sí, hijo y heredero suyo. El lo supo todo al cabo. Nosotras se lo dijimos en el lecho de muerte. Juro que se lo dijimos y te adoptó.

—¡Nosotros! ¡Quiénes?

—Su muger y yo. Ansiaba un hijo, y le dimos uno mejor que todos los de su familia. Y te amó y aceptó, aun despues de tener conocimiento de lo que habia pasado. Temia que se burlasen de él despues de muerto... que se supiese que carecia de hijos. ¡No... su temor era justo!... ¡verdadero judío en esto al cabo!

—¿Quién fué, pues, mi padre? preguntó Rafael fuera de sí.

La vieja le contestó con una risa tan prolongada y salvaje, que Rafael se estremeció.

—Siéntate á los piés de tu madre.

Siéntate.... para complacer á la pobre vieja. Si no la crees, finge á lo menos que eres su hijo por un minuto antes de que muera, y ella te dirá todo.... quizá hay tiempo aún....

Rafael se sentó.

—¡Si esa encarnacion de todas las maldades fuese realmente mi madre!... Y sin embargo, ¿por qué habria de asustarme tanto esta idea? ¡Soy tan puro yo que merezca una madre mas pura?

La vieja colocó su mano tiernamente sobre la cabeza de Aben-Ezra, y sus descarnados dedos jugaban con el suave cabello de éste, mientras decia aprieta lo que sigue:

—¡De la casa de Jesé, de la extirpe de Salomon; ningun rabino de Babilonia se atreveria á negarlo! ¡Soy hija de rey; tenia y tengo corazon de rey, digno de Salomon, hijo mio!... Corazon de rey, sí.... Desdeñé ser esclava, desdeñé ser un juguete, como están condenadas á serlo las mugeres judías por sus tiranos, los hombres. ¡Anhelaba sabiduria, renombre, poder.... poder.... poder; y mi nacion no me concedia nada de esto, porque era muger! Asi, los dejé y me dirigí á los sacerdotes cristianos, quie-

nes me dieron lo que solicitaba.... y mas aún.... ¡Halagaron mi vanidad de muger, mi orgullo, mi obstinacion, mi desprecio de los vinculos matrimoniales, y me ordenaron que fuese santa, juez de ángeles y arcángeles, esposa de Dios! ¡Mentira! ¡Mentira! y así.... Si te ries, no me mates, Rafael.... Y así, Miriam, la hija de Jonatan.... Miriam, de la casa de David.... Miriam, la descendiente de Ruth y Racab, de Raquel y Sara, se convirtió en monja cristiana... ¡Silencio! Si me interrumpes, quizá se perderá la ocasion. ¡Los oigo que me llaman, y les he hecho prometer que no me llevarian hasta decir todo á mi hijo.... al hijo de mi vergüenza!

—¡Quién te llama? preguntó Rafael; mas despues de un fuerte estremecimiento, Miriam continuó, sin darse por entendida.

—¡Pero mentian, mentian, mentian! Lo descubrí aquel dia.... No me mires y te diré todo. ¡Hubo un tumulto... un combate entre los diablos cristianos y los diablos paganos.... y el convento fué saqueado, Rafael, hijo mio!... ¡Saqueado!... Entonces descubri su blasfemia.... ¡Oh Dios! ¡Yo apelé á El, Ra

fael! Le invoqué para que, hendiendo los cielos, bajase en mi auxilio... Le pedí que lanzase sobre ellos sus rayos.... que abriese la tierra y los devorase.... que salvase á la infeliz jóven que le adoraba, que habia renunciado á su padre, á su madre, á sus parientes, riqueza, luz del cielo, condicion de muger, por El... que soñaba con El noche y dia!... ¡Y no me oyó, Rafael. . . . no me oyó... no me oyó! ¡Y me convencí de que todo era mentira, mentira!

Rafael pensó en Victoria, y sintió arder sus venas con justo furor.

—La prueba era evidente, ¿no es verdad? Nueve meses estuve loca... Y al cabo de este tiempo tu voz, niño de mis entrañas, mi alegría, mi orgullo... me hizo volver en mí. Dejando entonces los sacerdotes galileos, torné á mi nacion, donde Dios me habia colocado desde el principio, y logré que los rabinos mi padre, mis parientes me recibiesen. ¡No podian resistir mi mirada; pues en mi mano está obligar á otros á hacer lo que yo quiera, Rafael! Yo pudiera elevarte al puesto de emperador, si me quedase tiempo para ello. Volví. Te presenté á Ezra como

hijo suyo, y su muger y yo le hicimos creer que habia nacido mientras estaba en Bizancio... ¡Entonces era preciso vivir para tí! Y para tí viví. Para tí viajé desde la India á las islas del Océano, buscando riquezas. Para tí trabajé, atesoré, mentí, intrigué, gané dinero por todos los medios, sin reparar en que fuesen bajos..... ¡Y he triunfado! Eres el judío mas rico del Sur del Mediterraneo, y mereces serlo. Tienes el alma de tu madre.... Tu astucia, tu osadia, tu ciencia, tu desprecio hácia esos perros gentiles, han constituido mi gloria. Por tus venas corre la sangre real de Salomon. Eras el leon de Judá, y ellos los chacales que te seguian para alimentarse de tus sobras. ¡Y ahora, ahora! ¡Tu único peligro ha pasado ya! Ha dejado de existir la muger artificiosa, la mágica, que trataba coger á mi leon en su red, y ha caido en ella; mientras el leon, ya salvo, se dispone á devorar las naciones y reducir sus huesos á polvo, estando escrito: "El yace semejante al cachorro del leon; y ¿quién se atreverá á despertarlo?"

—¡Detente! dijo Rafael. ¡Debo hablar, madre! ¿es preciso que hable! ¡por el

amor que me profesas, por el que esperas de mí, responde! ¿Has tenido parte en su muerte? ¡Responde!

—¡No te he dicho que no soy ya cristiana? Si hubiera continuado siéndolo, no sé de lo que habria sido capaz. Todo lo que la judía se atrevió á hacer, fué... ¡Necia de mí! He olvidado todo este tiempo la prueba... la prueba...

—No necesito prueba, madre. Me bastan las palabras, dijo Rafael tomando las manos de la vieja entre las suyas, y estrechándolas contra su abrasada frente. Pero Miriam prosiguió:

—¡Mira! ¡Mira la ágata negra que le diste en el tiempo de tu locura!

—¡Cómo ha venido á tus manos?

—La robé, hijo mio, la robé, como roban los ladrones, y son crucificados por ello. ¿Qué importa la cruz á una madre anciosa de ver á su hijo? ¿A una madre que habia colgado del cuello de su amado niño, hacia treinta y tres años, esta ágata rota, conservando la otra mitad dia y noche junto á su corazón?... ¡Mira! Mira qué bien ajustan. ¡Mira, y cree á tu pobre madre anciana y pecadora! ¡Mira, te digo!

—Y arrojó el talisman en manos de Rafael.

—¡Ahora venga cuando quiera la muerte! Habia jurado no descubrir este secreto sino á tí... y eso, á la ahora de mi muerte. ¡Adios, hijo mio! ¡Bésame, aunque no sea mas que una vez, mi querido, mi alegría! ¡Oh! ¡esto lo compensa todo!

Rafael conoció que debia hablar entonces ó nunca, aun cuando arriesgase perder sus riquezas é incurrir en la maldicion de su madre. Así, no osando alzar los ojos, dijo con dulzura:

—Madre, los hombres te han mentido acerca de El; ¿pero te ha mentido El jamás sobre sí mismo? A mi no, pues habiéndome enviado por el mundo en busca de un hombre, he vuelto con la buena noticia de que El hombre ha nacido en el mundo.

Pero Rafael vió atónito que Miriam, en lugar de prorumpir en espresiones de hipócrita indignacion, como habia esperado, contestó en voz baja y confusa:

—¡Y el te envió aquí? Bien... eso se parece mas á la idea que yo me habia formado de El. ¡En último resultado

seria grande que un judío fuese el rey de los cielos y la tierra!.... Bien... Lo sabré pronto... En otro tiempo le amé... y quizá.... quizá....

La cabeza de la vieja cayó sobre el hombro de Rafael: el cual, habiéndose vuelto y visto brotar la sangre á borbotones de la boca de su madre, dió voces. Las esclavas acudieron, rasgaron el chal de la hehcicera, y entonces quedó descubierta la espantosa herida que habia ocultado hasta el último momento con tan extraordinaria resolución. Pero era demasiado tarde. Miriam, hija de Salomon, habia ido á su correspondiente sitio.

La iglesia de Egipto, libre de enemigos exteriores y sin la union que es obra del miedo, volvió las iras contra sí misma y despedazó sus entrañas con un voluntario suicidio, lanzándose sus individuos mútuos anatemas hasta concluir en un caos de sectas idólatras, que se perseguían por proposiciones metafísicas, las cuales, verdaderas ó falsas, eran siempre heréticas en sus bocas, porque las empleaban solo como contraseñas de division. Ortodoxos ó

no ortodoxos, ninguno de ellos conocia á Dios, no conociendo justicia, amor ni paz.... Aborrecían á sus hermanos y caminaban en la oscuridad sin saber adónde iban.... hasta que Amrú y sus mahometanos aparecieron; y entonces, que lo supiesen ó no, llegaron por fin al puesto que les correspondia....

“Aunque los molinos de Dios muelen lentamente, desmenuzan mucho el grano.”

“Aunque Dios aguarda con paciencia, lo muele todo con la debida exactitud.”

En el tiempo oportuno sucedió á los filósofos lo mismo que á los eclesiásticos de Alejandria.

Veinte años despues de la muerte de Hipatia, la filosofía se aproximaba á su ocaso; aquel asesinato habia sido su golpe mortal. Los filósofos recibieron en él un tremendo aviso de que el género humano habia roto con ellos; que pesados en la balanza, ésta se habia inclinado al lado contrario; que si no tenían mejor Evangelio que predicar, debían dejar el puesto á los que lo tenían. Y desaparecieron efectivamente. Poco ó nada oímos de ellos ni de su sabidu-

ría en adelante, excepto en Atenas, donde Proclo, Máximo, Isidoro y otros, conservaron la cadena de oro de la herencia Platónica, y descendieron cada vez mas uno tras otro, en los reinos de la confusion, confusion de lo material y lo espiritual, del sugeto con el objeto, de lo moral con lo intelectual, conformes en una sola cosa, á saber: en su fariseismo esclusivo; incapaces de proclamar ninguna idea nueva, útil para el hombre como hombre, ni de concebir su posibilidad, y gradualmente mirando con mayor complacencia todas las supersticiones que no envolvian la idea de la Encarnacion, única que odiaban, buscando señales y prodigios, mezclándose en trabajos de magia y astrología y en bárbaros fetichismos, echando menos la edad pasada y censurando toda forma de pensamiento humano que no fuese la suya, escribiendo pomposas biografías en mal griego, peor gusto y aun peores milagros.....

“Ultima ocupacion de la envidiosa pereza y de la orgullosa decrepitud. No hay fé, ni arte, ni rey, ni sacerdote, ni Dios, mientras que brotan en torno las fuentes de la vida: los viejos sistemas,

arrastrándose sobre la estéril tierra, charlando acerca de la primavera que no ha de volver, y llorando por los dioses que no han podido salvar de la muerte, caminan derechos al sepulcro.”

La última escena de su tragedia no careció de pasion... En el año 529, Justiniano cerró por un edicto imperial las escuelas de Atenas. No tenian mas que decir al mundo, fuera de lo que el mundo habia oido mil veces, ¿de qué serviría que interrumpiesen con semejantes ruidos el silencio feliz que reinaba? Los filósofos conocian la inutilidad de su esfuerzo. No pensaban en ser mártires, pues nada tenian que testificar, ningun mensaje tenian para el género humano, ni éste se interesaba en lo mas mínimo por ellos. Todo lo que les quedaba era cuidar de sus almas, y creyendo ver algo semejante á la república ideal de Platon en el puro monoteismo de los Guebros, su filósofico emperador Cosroes y su santa casta de magos, siete de ellos marcharon á Persia para olvidar la aborrecida existencia del cristianismo en aquel ideal realizado. Pero ¡ay! el puro monoteismo que descubrieron era perfectamente compatible con la hi-